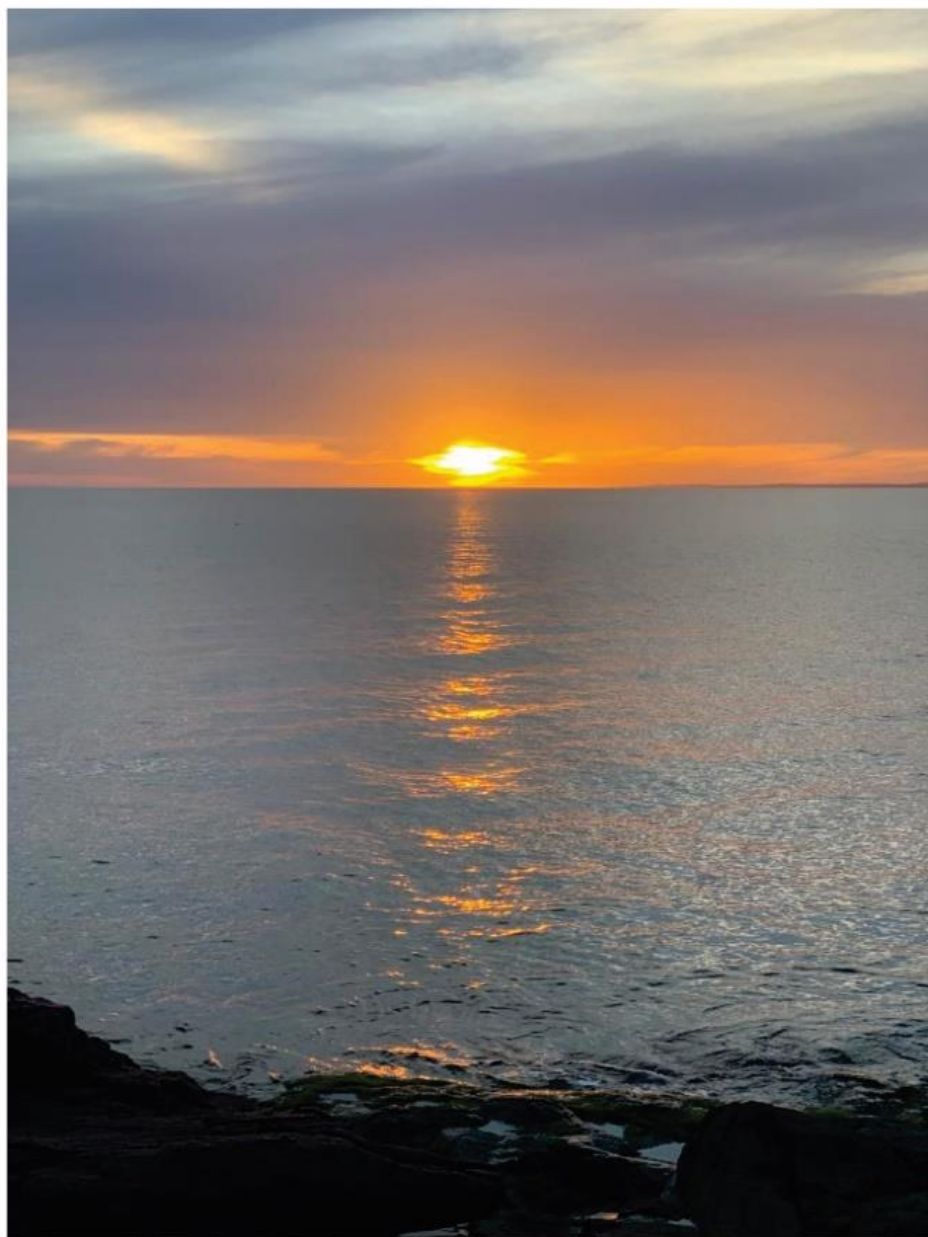


Renaceres



Gustavo Azambuya

Renaceres

GUSTAVO AZAMBUYA

Renaceres

A mi familia, al centro Aconcagua, a mis amigos y a Clara.

Prólogo

Cuando leí las primeras líneas de esta obra creí que estaba hablando de mí. Me vi reflejado en ese mar, en esa oscuridad y por qué no, en esas turbulencias características de los fuertes oleajes de la marejada tan bien descrita en este texto.

A Gustavo lo conocí con 13 años, éramos vecinos, pero no nos sabíamos hasta que nos conocimos en primero de liceo, en el Zorrilla. Era el más bajo de la clase, pero tenía mucho coraje, de hecho ya con esa edad me mostraba como aspirar el humo por la boca y sacarlo por la nariz. Toda una aventura en una adolescencia que mezclaba el básquetbol, el juego de chapitas, las mujeres que no eran y el querer ser otros.

Con Gustavo buscamos juntos los mares y las playas, hasta que por fin cada uno encontró su lugar, su propio infierno. Caminamos juntos sin saber que estábamos uno al lado del otro. La vida nos separó de país, de ciudad, de mujeres, de océanos. Tuve la suerte de conocer, hace años, la posibilidad de ser buscador, aunque dos veces decidí tirar por la borda esa oportunidad y hoy me encuentro, gracias a personas como él, en un camino de luz y búsqueda. Con el tiempo aprendemos que si uno no comparte lo que tiene lo pierde. Es por eso que cuando me llegaron estas palabras de Gustavo, llenas de crítica, madurez y esperanza, supe que esa era su forma de compartir.

Si decides adentrarte en estas aguas no estarás ajeno al dolor, a la incertidumbre ni a la esperanza. No serás indiferente a la idea de que todo camino interno puede llegar a buen puerto y que el mar no existe sin costa.

Ignacio Iturra

El sol que secó mis lágrimas

Primera parte

El frío calaba mis huesos, era de noche y ya no sentía los pies, temblaba y sentía voces, pero el dolor de mi cuerpo era tan grande que no me dejaba saber lo que decían, tampoco estaba seguro de si esas voces estaban cerca o lejos, no podía ver.

Entre susurros lograba escuchar el sonido del mar, siempre me había gustado escucharlo, era mi prueba de que estaba vivo, aunque, la verdad, no reparaba mucho en eso, solo esperaba que amanezca para sentir calor.

Así, supongo que pasaba el tiempo, no lo sabía, pero siempre encontraba alivio de a ratos.

Fue entonces que esa noche empezó a hacerse muy larga, hasta llegué a pensar que el tiempo se había detenido para mí y que me había quedado en aquella noche.

Las voces cambiaban, ya no escuchaba el sonido del mar, pero sabía que estaba vivo porque podía moverme, con dificultad, pero podía hacerlo.

Por momentos, los silencios largos me hacían pensar si realmente estaba vivo, pero podía tocarme, sí, estaba vivo, sin embargo, nunca amanecía, la noche comenzó a ser mi aliada y aprendí a vivir con ella.

Evidentemente, me había quedado en aquella noche, y poco a poco me fui acostumbrando a la oscuridad, al frío, a limitarme, a saber que había voces, suponía que

los demás también se habían acostumbrado a vivir de noche, que había dejado de salir el sol, sería por eso que a veces escuchaba llantos, podía, incluso, darme cuenta que eran de mis padres, ellos seguramente no se habían acostumbrado a que no saliera más el sol y se angustiaban.

Así es que empezó mi vida en aquella noche, eterna, no tenía claro si eran distintas noches o era siempre la misma, pero eso poco importaba.

Entre voces y lugares diferentes siguió transcurriendo mi vida, aunque también a veces me seguía cuestionando si estaría vivo... La cuestión es que yo siempre lograba sentir ese alivio que me reparaba del frío y de esos pensamientos. Ya no escuchaba los llantos, solo susurros y ruidos diferentes, inclusive, a veces volvía a escuchar el sonido del mar... ¡qué lindo ese ruido!

La noche se había vuelto mi única amiga, había aprendido a entenderla, a vivir en ella, y me gustaba porque yo había podido aceptarla. A veces, pensaba por qué los demás no tenían esa capacidad, la de asumir que ya no saldría el sol y que debíamos aprender a vivir en la oscuridad. A mí eso no me preocupaba, pero había empezado a confirmar que la noche había llegado para quedarse. ¿Por qué lo confirmaba? Porque me crecía la barba, el pelo, las uñas, estaba en distintos lugares, oía voces diferentes, lo raro era que a veces sentía frío, lluvia, calor,

viento... Pero yo permanecía inmóvil, como en una eterna noche.

A veces, sentía abrazos, llantos, hasta una vez escuché que me dijeron feliz cumpleaños, fue raro, pero prontamente volvía a mi refugio donde yo me sentía en paz y aliviado, ya conocía cada rincón, aunque no pudiera verlo, y sabía hacia donde ir para escuchar el sonido del mar. Siempre iba a escucharlo, él me daba ese alivio, él me mantenía vivo, y había distintos mares, me daba cuenta por el ruido de sus olas, por el viento, eran distintos, y así yo había descubierto que mientras fuera de noche el mar me daría alivio.

Mi relación con el mar, o los mares, nunca fue muy amigable, simplemente me daba lo que necesitaba y listo, algo que para mí estaba bien, me alcanzaba, no sé si el mar notaba mi presencia, pero tampoco me importaba. Había aprendido tanto del mar que un día me convertí en él, yo mismo pude ser el mar y batía las olas a mi manera, tenía mi propio viento y otros venían a aliviarse conmigo.

Cuán enorme se siente uno siendo mar, el mar es enorme, es infinito, es poderoso, es admirado y es visitado.

Además, era un buen mar, bravo a veces, manso otras, pero conocía todas las corrientes, las mareas. Cuando eres mar sabés que podés atrapar y ahogar a quien sea, no se juega con el mar, es peligroso, hay que tenerle mucho respeto y eso era lo que a mí me encantaba.

Así que me convertí en mar mucho tiempo, fui mar en distintos lugares, serlo genera adrenalina porque el mar también corre riesgos, las turbulencias eran frecuentes, a veces había que retirarse de la costa y otras, arremeter a las piedras, con oleajes potentes y despiadados. Tanto es así que mientras fui mar ya no fui yo, ya no sentía frío ni oía voces de mis padres. Escuchaba otros susurros distintos, súplicas que, como yo, solían hacer a los mares.

Pero la noche tiene esas cosas mágicas, ¿cómo podía ser que un mar pudiera ser atrapado y metido en un cuartito? Imposible.

Pero llegó un momento en el que ya no me sentía mar, otra vez los susurros, los llantos, y ya no me desplazaba por placer, estaba encerrado. Me daba cuenta por el ruido a barrotos, volvió el frío, pero esta vez peor, ya era difícil ver el mar. Así aprendí a contar el tiempo, sabía cuándo era domingo porque escuchaba siempre la voz de mis padres, mi hermana, mis amigos...

Esos días todos los que estaban en ese cuartito nos afeitábamos, nos bañábamos y esperábamos con ansiedad. No sé bien qué, pero por primera vez sentía algo más que el mar.

Ya no estaba solo ni era mar ni conocía las corrientes, tuve que aprender otras cosas.

Aprendí a contar el tiempo, aprendí normas de supervivencia, y empecé a dudar ¿los demás podían verme?

Pero con el pasar del tiempo, el mar llegaba hasta ese cuartito y otra vez el alivio, aunque ya había que estar más alerta, el ambiente era hostil, ya no estaba en mi refugio de paz, solo, y por primera vez empecé a sentir que quería salir de ahí. Otra cosa nueva que aprendí, quería volver a mi refugio, pero eso no pasaba y las noches ya no eran lo que fueron, eran más oscuras aún.

Yo contaba de a domingos, era lo único que había aprendido, sabía exactamente cuántos domingos iban pasando, pero no llegaba el día de salir del cuartito.

Recuerdo que fue un domingo, justamente, cuando una voz, que por primera vez escuchaba claramente, dijo: «junte sus cosas que se va». En ese momento, distinguí que algo había pasado en mí, algo raro, algo distinto, había sentido algo así como una alegría que no podía identificar, porque era una alegría que no le pertenecía a la noche, no me pertenecía a mí.

Volví a mi refugio, a mis noches conocidas, a visitar al mar, a escuchar los llantos, los susurros, pero esta vez eran distintos.

Ya había perdido aquella fórmula de contar los domingos, volví a estar perdido, pero me resonaba en la cabeza aquel sentimiento que no me pertenecía y que, sin embargo, había experimentado. Pensé que podía servirme para contar el tiempo, pero no me dio resultado. Pensé que era una señal de que era domingo,

pero no había sido ese domingo, y lo pensaba mucho, lo recordaba, sinceramente había sentido una sensación en algún lado más de mi cuerpo que no sabría explicar.

La noche siguió y yo permanecí en ella por no sé cuánto tiempo. Ya no podía contar y nunca más pude sentir eso que, seguramente, no pertenecía a mi mundo.

Un día el llanto clarito de un bebé inundó mi ser, nunca había escuchado algo tan claro, lo tenía en mis brazos, no podía verlo, pero podía oírlo, sentir su piel, su olor. Ese fue otro momento donde se coló otro sentimiento que no me pertenecía, inexplicable en este caso, fue como un sacudón interior, algo que corrió por mi espalda y por primera vez sentí lágrimas en mi cara. ¿Qué son esas lágrimas? ¿De dónde salieron? En cierta forma, fueron las responsables de que, de repente, viera una luz muy tenue que me permitió por un segundo verla, era ella: Clara.

Ese era su nombre, algo estaba pasando en mí, ya no era yo solo, ahora también existía alguien más que sentía parte de mí. Estaba tan confundido y con tanto miedo que volví a la noche donde me sentía seguro y en paz. Aunque siempre intentaba comprender por qué había visto luz, porque estaba seguro de haber visto luz y de haberla visto a ella. Algo no me cerraba, cómo había podido ver en la oscuridad, pero bueno, si había podido ser mar quizás también había podido ver, ¿tendría poderes?

Pero los susurros empezaron a ser más claros, escuchaba su llanto, escuchaba la voz de mi madre, empecé a tener recuerdos de cuando era de día, recordé a mi abuelo. Eran todas cosas que quizás estaban pasando adentro, no afuera, pero no me atrevía a buscar en el adentro. Fue entonces que una vez lo intenté. Tenía mucho miedo, no tenía ni idea de cómo hacerlo, pero por primera vez lo intenté, por intuición quizás, no sabía. Lo intenté esa vez y después otras veces, pero no lo conseguí, así que seguí visitando el mar y viviendo en la noche, pero se me hacía imposible no escuchar esa voz, ya hablaba un poquito, caminaba, otro destello hizo que la viera caminar y otra vez, ese incomprensible sentimiento del otro mundo, que, ahora sí, estaba convencido que existía.

Se me habían revelado ya dos veces extraños sentimientos que no tenían que ver con la realidad de que había oscurecido para siempre, en definitiva, se me habían colado sentimientos, algo que yo no podía explicar.

Fue así que seguí intentando, embarcado en esa búsqueda interior, en el hallazgo de alguna luz, que, sin querer, había podido experimentar.

Con cada vez menos miedo, pero no menor era la curiosidad, la certeza inconsciente que me decía que si buscaba muy adentro iba a encontrar algo. No sabía, por supuesto, qué, pero tenía la ventaja de que había conocido algunas sensaciones que suponían

sentimientos, pero no había experimentado el miedo, por lo que allá fui, una y otra vez. Tanto es así, que me autoproclamé «buscador», burlonamente, y ya a los susurros, por momentos, lograba sentirlos como voces, no todo el tiempo, pero por momentos eran mensajes claros de que ese era el camino.

Esa búsqueda que ya era un capricho o una necesidad o no sé qué, pero era algo que había decidido no abandonar y profundizar.

Pasó tiempo, no sabría cuánto porque todavía no sabía contar, pero esa búsqueda empezó a dar frutos, por primera vez fui consciente de ver luz. Me empecé a replantear un montón de cosas. En ese replanteo otra vez... las lágrimas: de dónde salían, por qué, cuál era la razón.

Indudablemente ya había dado pasos importantes desde que me convertí en buscador, ya no pensaba en el mar, sino en buscar caprichosamente esa luz que había comprobado que existía o que, en realidad, había perdido total consciencia de la vida que me había vuelto loco, y cuando pensé que había encontrado el camino de algo importante me volvió a surgir la duda de si estaba vivo o en realidad estaba en otro plano.

Sin embargo, el hecho de que estuviera vivo o no, no hizo que cambiara mi intención de conocer en ese viaje, lo que para mí había sido un hallazgo, un descubrimiento.

Cada vez que podía intentaba entrar a buscar, no siempre encontraba, pero otras veces

sí, y así aprendí que cada vez que encontraba esa lucecita las lágrimas se hacían presentes, era como que una cosa y otra iban de la mano.

El hecho de que por momentos fuera de día y que eso causara lágrimas me llevaron a concluir que era capaz de ver la luz, y que esas lágrimas significaban que estaba llorando, por lo que descubrí como una especie de ejercicio, se trataba de poder caminar hacia la luz interior y causar el llanto.

Cuántos cambios y que inexplicable era todo, pero por primera vez hacía algo por mí mismo, había aprendido a manejar esa constante, de ir a buscar esa lucecita y llorar, lo cual me hizo darme cuenta que no podía ser lo único que podía descubrir, tenía que por lo menos entender qué era lo que pasaba, cuál era esa comunión entre la luz y el llanto.

Y así pasé un tiempo. Los susurros se convirtieron en mensajes cada vez más claros, los fui recogiendo porque pensaba que podían servirme para explicar algo de lo que me pasaba a mí.

Sinceramente, ya no sentía los llantos de aquella beba ni los de mi madre, estaba ocupado en mí, en resolver este dilema porque tenía la convicción de que si lograba descubrir este enigma lo demás vendría solo.

Cómo era que mi hija llorara, que mi madre llorara, ¿ellas también habían encontrado su luz entonces?, me pregunté. Entonces me puse contento.

Otra vez, otro sentimiento de ese mundo nuevo que se colaba me había puesto contento, por lo que intenté dar otro paso y buscar que esa luz se hiciera más luminosa. Tan luminosa que llegara a mis ojos y me permitiera ver hacia afuera, menudo desafío. Pero era tanta la insistencia que un día eso se hizo realidad, como un velo que caía, prontamente empecé a ver, había empezado a amanecer, y ese llanto se hacía cada vez más repetido, me iba lavando el alma. Fue así que un día me encontré sentado, en ronda, con una cantidad de gente que también podía llorar, que también podía ver, yo los veía y ellos me veían, sin duda había salido el sol.

Las paradojas de la vida. Recuerdo perfectamente otra vez un domingo, vi por primera vez en no sé cuánto tiempo: vi a mi madre, a mi hija, a mi viejo, una foto de mi abuelo, a mi hermana. No salía de mi desconcierto mezclado con emoción y lleno de interrogantes. Pasó tiempo, minutos, horas, no sabía, pero ellos se fueron, mis lágrimas volvieron a aparecer, pero sin hacer ese viaje hacia la luz, ella ya vivía conmigo y el hábito de llorar llegaba sin que lo buscara. Pero tenía ya la práctica de aprender a contar de a domingos, así que otra vez sabía contar, sabía que cada vez que los viera era domingo y que, entonces, había pasado una semana.

En ese lugar no había mar ni siquiera el ruido, ni la brisa, ni las corrientes, ni el peligro. Pero había gente y recuerdo un día, de la nada,

ver a un amigo de toda la vida, ¿cómo él estaba en ese lugar?, nos confundimos en un abrazo y me explicó un montón de cosas, entendí dónde estaba y para qué estaba ahí. Se trataba de un lugar donde todos los que habíamos podido encontrar al sol nos reuníamos y convivíamos compartiendo una cantidad de experiencias. Habíamos sido elegidos seguramente, nos habían aislado porque habíamos encontrado el secreto de hacer que la noche se hiciera día, y podíamos vernos llorar unos a otros, cada uno con sus historias, con su proximidad al mar, con la promesa de no volver. Todos de la mano manteniendo el sol bien en alto, esa era la consigna. Sufríamos como locos, pero juntos éramos fuertes.

Había algunos que eran especiales, seguramente habían llegado a ver el sol antes, y por eso se hacían responsables de las cosas que hacíamos, aunque poco a poco me di cuenta que existía una estructura. Como hormigas cada uno tenía su tarea, y estos, más adelantados, supervisaban ese trabajo y cuando hablaban todos los escuchábamos porque siempre quedaba algo nuevo, eran muy importantes en mi búsqueda y en la búsqueda de todos, porque allí también comprendí que no era el único buscador.

A medida que iban llegando ciegos nosotros mismos éramos los que les enseñábamos a encontrar la luz, a mostrarles que había amanecido. Así ellos se iban uniendo

a esa cadena de fuerza que nos llevaba hacia adelante.

Pero seguían pasando domingos. Ver a mi familia y llorar con ellos era lo más extraordinario que había vivido hasta el momento, abrazar a mi hijita chiquita, saber que aquellos llantos de mi madre que escuchaba de noche eran por mí, que había causado mucho dolor, porque la noche vivía en mí, nunca había sido de noche, la oscuridad era producto de mi ceguera que no me permitía ver y solo me preocupaba por mí y por aliviarme en el mar. No podía hacer otra cosa.

Juré que nunca más me haría ese daño ni se los haría a ellos, aprendí que había perdido mucho tiempo de mi vida y de la de los demás y cuando aprendí a contar me di cuenta que fueron más de mil domingos de oscuridad, sí, más de veinte años... Así que decidí seguir llorando para limpiar el alma y secar mis lágrimas al sol, no abandonar nunca la búsqueda, porque hasta el día de hoy soy un buscador.

He encontrado muchas cosas, muchísimas, mis amigos también lo hacen, es cierto que muchos quedaron en el camino, pero muchos otros hoy secan sus lágrimas con el sol.

Y bienvenido a la vida me dijo una gran persona que aún llevo en el corazón, quien fue un referente incondicional en todo este camino, y que coronó mi salida de aquel lugar.

Hoy mantengo muchos de esos amigos, invaluable tesoro que me quedará de por vida,

mi familia, lo más importante que tuve, tengo y tendré, mi niña que crece bajo la luz del sol que la acompaña, pero principalmente la enseñanza del haber vivido de noche tantos años, pudiendo haber disfrutado del sol, a su vez agradecido de haberlo podido encontrar para continuar mi vida.

Hoy siento la gran vocación y necesidad de enseñarles a ver y a caminar a todas aquellas personas que quedaron atrapadas en la noche y que visitan el mar, los que se convierten en él, los que conocen las corrientes y las mareas. Ayudarlos a que vuelvan a encontrar el sol que seque sus lágrimas.

Por suerte, también me di cuenta de que el mar que yo conocía no era el verdadero mar, el mar es maravilloso, vivo cerca de él y lo visito permanentemente, pero con el sol sobre y dentro de mí.

Sé que soy un sobreviviente de la noche, sé que perdí la mitad de mi vida, pero también sé que fue lo que tuvo que pasar para vivir el resto de lo que me quede de vida con la intensidad y en esa eterna búsqueda que no es otra cosa que la búsqueda de la felicidad.

Segunda parte

Yo creo que no hay cambio sin sufrimiento, como la metamorfosis, mucho he sufrido todo este largo y duro camino de transformación, ahora estaba seguro de que era un buscador, que el hecho de serlo me había

permitido haber encontrado cosas maravillosas que nunca hubiera imaginado: como el propio sol.

Ahora el sol me permitía ver, sentir calor en el cuerpo, pero debía analizar esa noche tan larga para poder seguir buscando, era inevitable que pudiera comprender qué había pasado esa noche, necesitaba tenerlo claro para entonces sí, ubicarme en el ahora, único momento en el que se puede vivir, porque el pasado ya había sido y el futuro era incierto.

Fue entonces que, a veces, revisaba los hechos más relevantes de esa noche que duró veinte años e intentaba comprender lo que me había pasado, principalmente porque estaba seguro de que estaba completamente llena de errores y malas decisiones que no estaba dispuesto a repetir.

Los susurros, voces y ruidos que, claramente pasaban desapercibidos. Llegué a la conclusión de que se debían a que yo estaba encerrado en aquella noche, que solo me permitía sentirme a mí mismo, no era que no me importara el resto, era que no podía verlos ni sentirlos, tampoco pensar en ellos.

Si hubo algo que aprendí fue en este tipo de noches eternas, ella entró en mí y apenas podía pensar en mí mismo, y ni siquiera eso, lo único que me permitía era sentir el frío, el viento y la necesidad de visitar ese mar, que no era más que el alivio que necesitaba, el cual recurría cada vez con más frecuencia hasta que

lo conocí tanto que llegué hasta a convertirme en él.

Convertirme en mar fue fácil para mí, tenía muchos mares parecidos cerca, mares mucho más grandes que el mío y entre mares existían códigos de lealtad, de compromiso en sumar corrientes y mareas cuando el peligro acechaba en alguno de ellos y desplegar las fuerzas de la marea contra esos peligros, golpeando con gran violencia esas piedras con las olas.

Los mares viven juntos, separados pero juntos, un poco difícil de explicar, digamos que cada mar tiene sus costas y sus ciegos que habían sido atrapados por la noche eterna que nos visitaban para aliviarse en la orilla de cada mar.

Los mares recogíamos las ofrendas que cada noctámbulo dejaba en la costa. Luego nos retirábamos a lo profundo donde nos encontrábamos todos los mares. Cuantas más ofrendas llevara cada mar era el poder que cada mar iba obteniendo.

En mi caso, comencé siendo un pequeño mar, pero fui creciendo, hasta volverme un mar respetado, con turbulencias y corrientes muy violentas, un mar que se ganó sus costas y el respeto de los mares grandes.

En las reuniones de los mares en lo profundo, cuando nos retirábamos de las costas, tenía voz y voto, arremetidas con oleajes fuertes contra las piedras con los otros mares como aliados. Era como una organización de

mares que se movían en la misma frecuencia y se respetaban las costas de cada uno. A veces, algún mar desembarcaba en la costa de algún otro y era ahí cuando los mares se disputaban esas costas, midiendo sus fuerzas uno con el otro y eso, indudablemente, dejaba huellas en cada mar.

Los mares son vengativos entre sí, son traicioneros, por eso las corrientes diversas no se ven, las mareas y los oleajes son visibles, incluso el alcance a la costa, pero el mar profundo es oscuro, es profundo, es peligroso, es donde yacen muchos seres que los mares se comían y quedaban ahí, como trofeos... olvidados. Pero los mares siempre estaban en peligro, incluso de dejar de ser mares y de ser encerrados. Eso fue lo que me pasó a mí, cuando fui encerrado dejé de ser mar, volví a ser un ser en la noche, oscuro, pero con limitaciones, estaba preso.

La cárcel es peligrosa también, pero para quien conocía el peligro es fácil adaptarse, y más cuando habías sido mar, los mares hacen ruido y esos ruidos llegan a las cárceles, entonces se sabía si habías cumplido los códigos de mar. Incluso podías encontrarte con seres que también habían sido mar y otros que habían sido visitantes que llevaban sus ofrendas, también otros con otras historias, pero todos compartíamos lo mismo, nos habíamos quedado encerrados en la noche y ahora, encima, en cuatro paredes.

Lo otro que me di cuenta después fue cuando aprendí a contar domingo a domingo, claro, había una explicación, los domingos recibíamos a las visitas, a nuestras familias, olvidadas por la oscuridad, pero a la vez tan amadas sin saberlo, por eso los domingos eran un día especial, donde todos asumíamos un pacto de tregua, y los baños, las afeitadas, el olor a perfume, las ropas más nuevas salían a relucir. Era común que los domingos se generara como un ambiente de ansiedad y, en parte, felicidad, aunque hoy me doy cuenta que no es la palabra correcta, pero digamos que así se sentía en aquella época. Se liberaban tensiones, un aura de respeto y solidaridad sobrevolaba la cárcel, se hacía común prestarse desodorante, espejos que estaban prohibidos (pero siempre alguno tenía), peines, zapatos, bueno..., lo que hiciera falta para que nuestras familias nos vieran bien y pudiéramos pasar ese domingo con ellos. Con la familia se compartía comida, abrazos, besos, nunca se hablaba de lo malo que pasaba en la semana, a la familia había que darle tranquilidad. Y siempre la misma pregunta: ¿hablaste con el abogado?, eran el único nexo con el exterior y los que nos traían noticias de cuándo íbamos a salir de allí. Después, la despedida, dura, pero acostumbrada y, por lo general, después de las visitas las noches eran las más oscuras de todas. Hasta que un día salí de esa prisión, volamos con mi familia a otras costas buscando desesperadamente apartarme de esos mares,

aunque hasta mucho tiempo después nunca valoré ese acto de amor, de compasión que tuvieron conmigo.

No pasó mucho tiempo... ya conocía las costas de los mares de ese otro lugar, la noche siguió instalada en mí, pero nunca más volví a ser mar, fue la primera vez que aun estando ciego aprendí algo, siempre desde el error como comúnmente se aprende, cuando andas a los tumbos.

Y hoy si sigo observando el pasado oscuro, aquel donde viví la mitad de mi vida, no tengo recuerdos claros.

En cuanto a sentimientos casi ninguno, lo que sí me movilizaba el alma y fue durante muchos años fue el candombe, el juntarse a templar las lonjas y salir a tocar por la calle cincuenta, sesenta tambores era algo maravilloso que, sin ver, sentía profundamente y lo siento hasta el día de hoy. Tocaba chico, uno de los tres tambores del candombe, y lo hacía muy bien, toqué en casi todas las comparsas de Montevideo y también fui reconocido en ese ambiente. Conocí mucha gente, muchos famosos tocadores, fue una época linda de sentir esa vibración, lástima que no pude aprovecharla, como todas las cosas lindas de la vida, por vivir en esa noche tan pobre, tan vacía, tan mierda.

Como siempre no sé si por condiciones o por mi forma de ser, conocí a todos los caciques de esta expresión cultural popular que es propia del Uruguay y especialmente de Montevideo.

El candombe para mí fue mágico, me abstraía por un rato de la vida oscura que vivía y me trasladaba a otro mundo, a un mundo que no sabría explicar en dónde es, indudablemente es algo que llevo en la sangre y que si bien se le atribuye a los negros de nuestro país, yo soy blanco y siempre fui un agradecido del tambor. Pero me gustaría agregar que no hay caso, el candombe es de los negros, solo ellos logran tocarlo como nadie, bailarlo como nadie, sentirlo como nadie.

Pero para llegar al día de hoy tengo que pasar afortunadamente por otra etapa de mi vida que me cambió absolutamente, que fue lo que les contaba antes, ese llanto tan especial que significó el nacimiento de mi hija Clara. Creo que ese fue, en gran medida, uno de los factores responsables de que después aceptara que la noche que vivía en mí se trataba de una enfermedad que debía tratar para poder encontrar la luz que les contaba y que hoy encontré.

Aquel primer contacto con aquella criaturita lo recuerdo perfectamente porque había surgido una pequeña luz en esa oscura noche que solo duró unos instantes, pero que me había generado la duda de si era noche para todos o solo yo vivía esa noche. Ese despertar, como yo lo llamo, había sido producto de muchas cosas, indudablemente de la búsqueda personal hacia el interior de mí mismo y el formar parte de esa cadena de seres que buscaban lo mismo que yo, de los que aprendí

muchas cosas que quería, y también las que no quería.

Fue así, entonces, que tomé las riendas de mi vida, ya con 41 años, y empecé a vivir mi propia vida junto a mi familia y mis más allegadas y queridas personas, que hasta el día de hoy conservo como un tesoro invaluable.

Recuperé afectos, relaciones, compromiso, lealtad y los valores que me habían enseñado y yo había perdido en la noche y que, sinceramente, pensé que ya no volverían.

Sin embargo, no los había perdido, estaban ahí, dentro de mí, los fui encontrando viajando hacia mi interior, también encontré cosas nuevas y sigo encontrando, porque un buscador siempre encuentra.

Me auto recibí de buscador y es hasta el día de hoy que lo soy. Supongo que lo seré por el resto de mi vida, no hay cosa más apasionante que buscar, dentro, fuera, en todos los planos. Es también un desafío y hay que estar muy bien parado para enfrentar esa búsqueda, porque el que busca encuentra y muchas veces lo que encuentra son heridas y hay que estar dispuestos a ser cirujanos de uno mismo.

Dentro de esa búsqueda siguen y seguirán apareciendo recuerdos de aquella noche, media vida escondida no es poca cosa, pero también aparecen cosas que no conocía. Indudablemente siempre habían estado ahí, simplemente no las había encontrado, quizás

porque no las había buscado, quizás porque no aparecieron, vaya uno a saber.

Tercera parte

Hasta que, por fin, estoy en el hoy, en el aquí y ahora, en el único momento que puedo vivir, que puedo incidir, que puedo decidir.

Esta es una de las cosas más importantes que aprendí, solo puedo vivir el aquí y ahora, que del pasado no debo olvidarme porque debe ser mi fuente de experiencias que no quiero volver a experimentar, y otras que son parte de la construcción de mi ser como esencia.

El pasado es real, aunque haya parecido un sueño a nivel consciente, la realidad es que todo aquello que pasó en el pasado pertenece a mi historia real.

Todo aquello que quedó guardado en algún lugar de mí es parte de una realidad que no puedo negar. En realidad sí puedo porque la luz me regaló esa libertad, ser selectivo y elegir cuáles dejo dormidas y cuales las tomo como base de mi autoconstrucción.

Y hablé de libertad, que hermosa palabra, pero más hermoso aún su significado. Sentirse libre debe ser de las cosas más maravillosas que puede sentir un ser, es un gran compromiso también. Hay que prepararse mucho para saber ser libre. Pero solo con entender que libertad es lo contrario de esclavitud, de dependencia, de prisión, vale la pena arriesgar ir por ese camino,

aunque tenga un montón de responsabilidad y compromiso con uno mismo y con los demás.

Yo decidí el camino de la libertad, pero para comprender ese camino nuevamente tuve que emprender el viaje del buscador, debo comprender exactamente las condiciones que me pone la libertad para yo poder caminar su camino.

Al buscar, lo primero que encontré apenas empecé a andar este camino fue que la libertad te observa y te pone límites, hay que saber cuáles son y si estoy dispuesto a aceptarlos, a hacerme cargo.

La libertad me dijo: se te permitirá que andes este camino, tú tienes la obligación de descubrir las condiciones para mantenerte en él, tú tienes en tus manos la dicha de poder acceder al camino que te brindará las mayores satisfacciones, los mayores éxitos, la conciencia plena y la paz tan anhelada; podrás andarlo de corazón abierto, de mente despierta, a sabiendas que te encontrarás con muchísimas cosas nuevas que, probablemente, no entenderás al principio, pero tendrás que ser astuto y utilizar la observación y el análisis más puro para poderlas incorporar.

Por un instante lo pensé, pero enseguida acepté las condiciones, si en realidad ese camino lo había creado yo estaba dentro de mí.

Esas palabras eran mías, todo lo que me pasaba era por mí, todo lo que veía era por mí, y todo lo que puede pasar será por mí.

Esta fue la primera revelación que me hizo la vida cuando elegí el camino de la búsqueda, el camino de la libertad, el camino de andar sin peso, simplemente buscando, aprendiendo o reaprendiendo, sabiendo que cualquier mala decisión me llevaría nuevamente al punto cero de la noche eterna.

No cabe ninguna duda, no quiero volver a esa noche nunca más, había logrado lo que para mí era imposible, lo que nunca había imaginado que existía dentro de mí, y que todavía quedaba muchísimo por encontrar con toda la luminosidad para que ningún detalle se me escape. Por supuesto que reconozco que necesito herramientas que me posibiliten hacer este viaje sin que nada se me escape, necesito conocer cómo se explora el viaje que, seguramente, sea el más difícil de hacer, el viaje hacia adentro, donde está todo, donde están todas las respuestas, donde el adentro es igual al universo, donde no hay arriba ni abajo, donde no hay norte ni sur.

La siguiente revelación que apareció en mi camino fue la necesidad de ayudar a los seres que estaban presos de la noche, que entendieran que debían despertarse, que se estaban destruyendo en lugar de autoconstruirse, que se estaban perdiendo la capacidad de amar, de ser libres, de vivir en la luz, de vivir en paz.

Es por eso que hoy siento tanta pasión por encargarme de transmitir todo lo que sé, todo lo que aprendí, que es poquísimo, pero que me

trajo a la luz y al camino de la verdad, de la búsqueda, de la libertad y del despertar de la conciencia.

Inmediatamente, otra revelación: debes aprender muchas cosas, recién llegas a este camino, no lo conoces, debes prepararte y emprender el viaje sin miedo, pero abierto al conocimiento desde otra perspectiva, no desde el aprendizaje académico, sino aceptando otras formas de interpretación y conocimiento.

Fue entonces que me di cuenta que se podía pasar de un plano al otro en cualquier momento, soy más libre de lo que pensaba, puedo vivir hacia afuera y hacia adentro, puedo aprender las cosas del afuera y las cosas del adentro, puedo transmitir las cosas del afuera y las cosas del adentro. Esto causa en mí inundaciones de lágrimas por momentos, lágrimas de felicidad, de éxtasis, de valor y principalmente de agradecimiento. Nunca me sentí tan agraciado y tan agradecido, hoy disfruto del canto de un pájaro, de la sonrisa de un niño, de un abrazo de cariño, de guiar al que sufre y ser guiado por los maestros, de llorar... y que el sol seque mis lágrimas.

La búsqueda consciente

La aparición de la luz en mi vida, cuando yo creía que la noche había llegado para todos, me llevó a pensar en muchas reflexiones. Una de ellas, y quizás la más importante, es que debía ser más abierto y desconfiar de si lo que está pasando está pasando realmente o me está pasando a mí.

Por eso, decidí iniciar una búsqueda eterna principalmente hacia mi propio interior, sin dejar de evaluar el afuera, porque en el afuera siempre hay impacto e incidencia en mi interior.

Me volví a enfrentar al principio de un camino, el cual simplemente tenía que tomar la decisión de recorrerlo o no.

La vida está llena de momentos donde tenemos que tomar decisiones, y cuánto más claro, despierto y apasionado esté uno, más fácil será la toma de cada decisión.

En mi caso fue muy sencillo, porque además tenía el agregado que necesitaba hacer ese camino de exploración, mediante la instrucción, la disciplina de siempre estar aprendiendo, la necesidad de comprender lo que había ocurrido y llegar a la generalización de qué es lo que ocurre, salvando las características individuales, cuando le llega la noche a una persona.

En mi caso, el estudio y la incorporación de conocimientos en aspectos biológicos,

psicológicos, sociales, fisiológicos, conductuales, emocionales, de relacionamiento y espirituales fueron los primeros en aparecer cuando empecé a pensar en qué áreas debía explorar para llegar a una conclusión lo más completa posible. Fue así que comencé el camino de estudiarme a mí mismo. Tenía y tengo muchas preguntas que fui respondiéndome con el transcurso del estudio y la comprensión. Cuáles habían sido las causas, por qué me había pasado a mí, por qué se manifestó como una noche tan larga que duró veinte años, por qué sentí ese aislamiento progresivo y el rechazo, por qué mi vida solo transcurría como un barco a la deriva, por qué ya no sentía... y tantas otras preguntas que hasta el día de hoy me hago.

Mi primer acercamiento a las respuestas fue en el plano científico y académico, por lo que podría decirse que comencé por los aspectos psicológicos, fisiológicos y conductuales.

Debo reconocer que la primera pregunta que me hice fue cuáles fueron las causas, pero esta pregunta me llenó de confusión y no me permitía avanzar, así que decidí dejarla para que se respondiera sola... después.

Así que comencé con la segunda, por qué me había pasado a mí, y rápidamente vino la respuesta a mi mente con otra pregunta: ¿por qué no?, era evidente que tenía que ver con las causas, pero quién era yo para pensar que no podría ser yo otro como tantos, ¿quizás era

especial? Mi primera conclusión fue que no lo era y que por lo tanto, no habría razón para ser uno más que cayera en desgracia. Así que con esa pregunta-respuesta, concluí mi primera interrogante, quedaban cabos sueltos, sin duda, sentía que no estaba contestada del todo porque debía primero debía conocer las causas. Tampoco estaba seguro de si era o no especial, lo cual había ya había decretado: no lo era. Esto para justificar el por qué no me podía pasar a mí, como a tantos otros. Pero como algo que me caracteriza es que soy porfiado no quise dejar cabos sueltos, así que me metí de lleno en las posibles causas y si era o no especial. Para esta misión tuve que mezclar conocimientos, simplemente académicos que eran con los que contaba e intuición y autoobservación. Me llevó mucho tiempo empezar a darme cuenta de las causas, pero más tiempo me llevó aceptarlas, indudablemente la fractura familiar y la ausencia de la figura paterna incidieron en el subconsciente, probablemente asociado al rechazo desde niño, convirtiéndose en baja autoestima, necesidad de aprobación y tan baja tolerancia a la frustración que necesitaba ser necesitado y reconocido. Lo que encuentro en mi memoria no es mucho, pero lo suficiente como para darme cuenta de que nunca tuve confianza en mí mismo, que nunca tomé mis decisiones en función a ideologías propias y sólidas, por lo que ya de por sí, era frágil en mi autoconcepto y esto explica mucho del por qué a mí y las causas. Y rascando un poco más, pero

con menor influencia, puedo descubrir hechos concretos que no creo que hayan afectado de manera directa, pero que pudieron haber alimentado lo anteriormente expresado, la dependencia y sobreprotección de mi madre, algo totalmente entendible y natural al amarme tanto y cargar ella sola con esa responsabilidad; el adiós a mi abuelo Juan, quien fue, es y será mi figura más parecida a la paterna que tuve, mi primer contacto con la muerte, el proceso interno que esto me causó y mi primera experiencia de comprobación real de que el corazón siente. Aunque hoy por hoy lo visualizo con otra naturalidad: duelo transcurrido y finalizado con la aceptación, me permite recordarlo con mucho cariño y siempre está presente en mis actos como si me estuviera observando, en mis aciertos y en mis errores... en mi entusiasmo del día a día.

Pero seguía teniendo la deuda con respecto a si era o no especial, y esto me llevó mucho tiempo comprenderlo y aceptarlo porque lo asociaba a la soberbia y a la errónea idea de ser más o menos que alguien.

Hoy puedo responder esa pregunta con total seguridad, todos somos únicos, irrepetibles y por lo tanto especiales. Y especiales quiere decir que cada uno tiene una o más especialidades en la vida, así que empecé por identificar las mías.

Seguramente, esta sea una búsqueda de toda la vida y no estoy seguro que podamos identificarlas todas, porque la persona va

cambiando, va aprendiendo, va experimentando, va tomando decisiones, errando y acertando, pero hay cosas que no varían, que se mantienen como una huella y estas son las especialidades.

Yo encontré en mí mismo, según la escala de valores aprendidos, que soy una persona de bien, de buen corazón, solidaria, leal, respetuosa del otro, amante de la justicia, entusiasta y bastante utópico.

También uno aprende a identificar sus defectos, pero podría escribir un libro entero enumerándolos, pero también forman parte de la búsqueda y de la toma de decisiones de corregirlos o no. Yo elijo intentar corregirlos.

Como decía con anterioridad, el hecho de haber vivido inmerso en la oscuridad más dolorosa, el infierno más desesperante, muchas veces tan difícil de transmitir, también tuvieron aspectos conductuales y de relacionamiento que creo que vienen de la mano de los psicológicos, uno es responsable de sus actos, pero no siempre es consciente de ellos.

Yo relativizo la conciencia con la responsabilidad, porque creo que uno es responsable de sus actos cuando está con todas sus capacidades de discernimiento, larga y compleja discusión en estos tiempos.

A veces creo que ante un hecho donde participan dos partes o más quizás todos son víctimas, pero bueno, esto daría para profundizar mucho más.

En la búsqueda consciente, hasta aquí, puedo decir que me he contestado las interrogantes más racionales con el librito de lo teórico, de lo científicamente probado, de lo académicamente correcto y de la manera más sencilla y rudimentaria.

A lo largo de algunos años he estudiado mucho para poder, al menos, ubicar cuáles pueden ser los aspectos más significativos de la vida en la oscuridad, las distintas causas que pueden existir para llegar al «apagón» como yo le llamo, el desarrollo, la decadencia, la destrucción paulatina del ser y su entorno, la esclavitud y condena social, la estigmatización, segregación y rechazo, la caída libre del valor de la vida y hasta la real consciencia de si verdaderamente estás vivo o si quieres estarlo.

También sé que la vida se vuelve ingobernable, ya no eres dueño ni de tus pensamientos ni de tus actos, tampoco eres consciente del daño que estás causando, ya no eres tú, ya no gozas de vida propia, ya no tienes proyectos, ya no tienes sueños, no tienes futuro, tu vida se acabó y posiblemente la de quienes te aman también. Pero menos aún eres capaz de tener emociones y espiritualidad, porque estos son elementos aún más profundos, más sofisticados, que solo se logran identificar y vivir cuando el ser está en paz y equilibrado, en sintonía con uno y el universo como una misma cosa.

Para mí el sentido emocional de mi vida fue el penúltimo en aparecer, mucho después de

encontrar las primeras respuestas, tan importantes para salir a la luz, como primarias para el comienzo del desarrollo en libertad de ojos abiertos. Por supuesto que no es nada menor, es algo majestuoso, impensado para mí en ese momento, recuperar la consciencia, poder ver con claridad, volver a tomar el timón de mi barco, elegir la dirección de mi vida, romper las cadenas de un cautiverio de veinte años, volver a la vida..., es algo inexplicable. Pero más inexplicable es la aparición de los sentimientos y las emociones, qué cosa hermosa volver a sentir con el corazón, sentir un abrazo, una mirada, una sonrisa, una lágrima. Empezar a tomar contacto con los sentimientos, identificarlos y darles sentido fue lo más maravilloso que me pasó en la vida. La capacidad de amar, de dejarse amar, de sentir compasión, ternura, dolor, de valorar y ser agradecido, de que ahora sí la vida tiene un enorme sentido, de que hay mucho por hacer, que perdí veinte años, la cuarta parte de mi vida, pero que aún me queda media más, de saber que en lo que me quede de vida todo será hermoso, todo lo veré de otra manera, de que cada día es una oportunidad que nunca dejo de pasar, que nunca dejo de agradecer cada mañana, que tuve y tengo personas maravillosas que fueron mis muletas, mi motor, mi gran apoyo, los que me salvaron la vida.

Es por todo esto, que empecé a sentir muy fuertemente que todos estos conocimientos que hicieron darme cuenta de tantas cosas, y que

desembocaron en una vida llena de luz, amor, armonía y serenidad, es que hoy me siento en deuda. Pero no una deuda adquirida ni obligatoria, una deuda desde el corazón, una deuda con todos aquellos que de una manera u otra me mostraron el camino, que me dieron la mano, que creyeron que mi vida valía la pena, que me abrieron los ojos, que se jugaron por mí también con el corazón. Una deuda conmigo mismo, quizás la más íntima, pero por más íntima que sea siento la necesidad de compartirla y dedicar mi vida a tenderle la mano a quienes están en el «apagón», de abrirles los ojos, de demostrarles que la vida vale la pena, que puedan, como yo, emprender este mismo camino o el camino de cada uno, de unir familias, de salvar vidas...

Cuando uno hace las cosas por amor, porque realmente las siente, es increíble la sensación que experimenta, es como una comunión entre tu hoy y el deseo de que sea pasado lo que está viviendo el otro. Esto hace que empiecen a aparecer puertas. En mi caso la primera que abrí fue la de la espiritualidad, es como a propósito, como una continuidad en el crecimiento personal y ahí comprendí otra cosa muy importante: todo pasa por algo, no existe la casualidad, sino la causalidad. La causalidad nos mantiene en contacto tanto con el pasado, ya que gracias a él hoy estamos donde estamos, con el hoy, único momento que vivo, siento, pienso y actúo y con el futuro también, porque cada cosa que haga hoy, ahora, va a repercutir

en el futuro, sea bueno o sea malo, eso depende de lo que hagamos.

El camino espiritual es un viaje hacia adentro mucho más complejo y elevado, es la máxima conexión con uno mismo y con el todo. Porque uno es un todo, y eso hace posible todo en uno, no existe el techo, todo lo que nos propongamos con el corazón el universo se encargará de que así suceda.

Cuando uno es un ser de luz comienza un camino maravilloso, el camino del autoconocimiento real, el camino de la intuición, de la percepción, de ver más allá, de la conexión con el universo.

Parece increíble que, desde la total oscuridad, hoy esté en un plano completamente lleno de luz, pero soy, entre muchos otros obviamente, la prueba viviente de que se puede. Y el compromiso de transitarlo y transmitirlo es llevar de la mano a todos aquellos que sufren hacia su propia felicidad, esa es mi mayor gratitud.

Vivir en gratitud, en armonía, en paz, hace que todo lo profano pase a segundo plano, no porque no nos hagamos cargo ni dejemos de cumplir con nuestras obligaciones y compromisos ni que suframos en ocasiones como todo el mundo, sino que hace que la vida la vivamos con alegría, vibrando alto, con las energías en equilibrio y siempre con la actitud positiva de hacer el bien y agradecer cada mañana la posibilidad de vivir un día más que

nos permita aprender algo nuevo cada día,
porque esto recién empieza.

El eterno camino de la realización

En este capítulo, si bien hablo de camino, sigo hablando de búsqueda, por lo que también podría haberlo llamado: la eterna búsqueda, pero preferí llamarlo camino porque eso me permite tener una especie de medidor o de rumbo, que como todo camino ya lo han andado y desandado muchos seres, y de esa manera se forman los caminos.

Esto me trae a la memoria una famosa frase: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar».

Como el camino de la realización es para mí un camino eterno que recorreré hasta mi último suspiro, lo que compartiré con ustedes es desde cuándo comenzó hasta el AQUÍ y AHORA. Esas palabras en mayúsculas son muy especiales, son de un concepto de vida tan profundo como simple, pero que tiene un particular significado, tan poderoso como el simple hecho de que es lo único que podemos vivir. Es lo único que existe, el pasado ya pasó y el futuro es incierto. Por supuesto que nuestro aquí y ahora es resultado de nuestro pasado y el futuro estará muy relacionado a nuestro presente, por eso mismo la importancia de ese concepto, todo lo que hagamos de nuestra vida aquí y ahora tendrá consecuencias en el futuro inmediato o en el futuro más lejano, pero entonces, el futuro, en gran parte, también depende de nosotros.

No se puede emprender este camino ni ayer ni hace diez años, solo se puede comenzar hoy, y es a lo que te invito.

Hoy estoy seguro que cuando empecé este camino, aunque de manera inconsciente, lo que hace que fuera muy impreciso y medio sin rumbo, el camino hacia la realización, hacia la liberación, la creación, la transformación había comenzado.

Podría hasta describir el momento, tres camas, tenía la habitación número cuatro, en la que compartí varios meses charlas y vivencias con dos grandes personas que hoy ocupan mi corazón, uno de ellos, mi hermano de la vida Juan Carlos.

Acomodando mis pocas pertenencias entre ellas algunas fotos de mi hija y mis sobrinas, una de mis abuelos, una foto de mi madre que tenía sin cuadro, pero que ponía debajo de mi almohada, un cuadro de Carlos Páez Vilaró dedicado a mí y firmado por él y la foto más grandiosa que cualquier peñarolense quisiera tener, un cuadro del mago del fútbol, Antonio *Tony* Pacheco, que decía: «ídolo por siempre» con sus brazos abiertos y mirando al cielo, inflando el pecho de gloria y alegrías que tanto me dio. En aquel momento la imagen del Tony era de esperanza, de triunfo, de gloria, pero además de buen tipo, de haber ganado todo con su esfuerzo y siendo una buena persona, generosa y de buen corazón. Siempre quise conocerlo, pero no como un ídolo, sino para darle un abrazo a una persona que me hizo llorar cuando Peñarol ganó el quinquenio y tantas otras hazañas, pero más aún cuando se tuvo que ir de Peñarol, cuando volvió y se fracturó casi al límite de su carrera y la perseverancia y el esfuerzo de un gladiador lo devolvió a las canchas con esa número ocho que volvió a ser campeón.

Y recuerdos tengo muchos de ese aquí y ahora, desde ese día que comenzó todo, que tiempo después me di cuenta que había llegado el momento de dar el punta pie inicial, y que había comenzado mi camino hacia la luz, hacia el infinito.

Durante once meses viví en un proceso primario de reconstrucción, de habituación, pero principalmente de disciplina y convivencia, de empatía y solidaridad, de construir las bases de lo que después sería la construcción de un edificio que aún continúa en obras.

Sin ninguna duda, en ese proceso tuvieron que ver muchas personas, muchas charlas, muchos espejos, reconocernos entre nosotros, muchos testimonios, muchas lágrimas, abrazos, historias, propias y de otros que se hacían todas propias.

Los primeros tiempos fueron confusos, entreverados, y sostenido por la rutina, hasta que poco a poco comencé a despertar, a verme, a reconocermé, a ver y a reconocer a mi familia, a mis amigos, a mis compañeros, y ahí entendí que aquel día lo que había comenzado era el viaje más maravilloso de mi vida, el viaje hacia adentro, a conectarme conmigo y desde ahí hacia los demás, pero ya desde otro punto de vista.

Ese tiempo fue mágico, fue donde me di cuenta con certeza que ese camino hacia el despertar de la conciencia, de mis pensamientos y mis sentimientos, y que era el arquitecto de mi propia obra había comenzado aquel día en la habitación número cuatro.

Ahí fue donde me recibí de «buscador», título que aún conservo y del que no me jubilaré nunca, por primera vez había elegido un destino para mi vida, el

de buscar para siempre, el de compartir y aprovechar, el de transformar la oscuridad y la tristeza en oportunidades. Uno puede convertir cualquier emoción en una fuerza creativa en su existencia.

Si la tristeza te recuerda que estás incompleto es bueno, aprovecha tu tristeza para crecer, para avanzar.

Si no has conocido la tristeza y el dolor no madurarás, no podrás ser un ser transformador en la vida. No hay tiempo para la ira ni el odio.

Debemos aprender una vida de significado y servicio para cuando nos toque marchar de este mundo dejemos un legado trascendental en las personas, no hay que ser mejor que nadie, ese camino es equivocado, simplemente hay que vivir una vida de servicio a los demás.

Florece, haz lo mejor que puedas, lo que tenga que suceder pasará, con gratitud y servicio el éxito y la victoria serán tuyos. Todo llega a su tiempo, no seas esclavo del pasado ni de recuerdos tristes. De ahora en adelante procura construir una vida nueva dirigida a lo alto y camina hacia adelante sin mirar atrás.

Haz como el sol que nace cada día sin
acordarse de la noche que pasó.
Mahatma GANDHI

No te detengas en lo malo que has hecho, camina en lo bueno que puedes hacer, vive cada día, aprovecha el pasado y deja que el futuro llegue a su tiempo. Aprende a mirarte con amor y respeto, piensa en ti como algo precioso.

El éxito en la vida no se mide por lo que has logrado, sino por los obstáculos que has tenido que enfrentar en el camino, tú y solo tú escoges la manera en que vas a afectar el corazón de otros y esas decisiones son de lo que se trata la vida.

Que este día sea el mejor de tu vida.
Mahatma GANDHI

Un mundo lleno de amor, luz y risas, el tiempo ha llegado, hagamos que suceda.
Jaggi VASUDEV

Índice

Prólogo	5
El sol que secó mis lágrimas	7
Primera parte	7
Segunda parte	19
Tercera parte.....	27
La búsqueda consciente.....	31
El eterno camino de la realización ..	41

Gustavo Azambuya es técnico socio terapeuta especialista en adicciones, director del centro de rehabilitación: «Lo mejor está por venir» en Uruguay.

Tiene una reconocida trayectoria de servicio social en comunidades vulnerables, así como en la prevención y el abordaje de estos temas y sus consecuencias.



CENTRO DE REHABILITACIÓN
"LO MEJOR ESTÁ POR VENIR"